

y ella, de modo instantáneo «volvió a examinar por completo el sueño premonitorio que le había cambiado la vida durante tres años, y comprendió el error de su interpretación» (155). No era la muerte de María, sino la vida de él. En la narrativa de Márquez, el problema del mito no estriba en su credibilidad, sino en la interpretación, porque las fronteras entre la vida y la muerte son vulnerables en los dos sentidos. Hay quien es capaz de «vivir su muerte» o viceversa, estar muerto en vida. El joven resignado que siente dentro del ataúd se prepara para su tercera muerte, la definitiva, mientras María, muerta desde la primera premonición, deja de visitarse a sí misma en el cementerio cuando pasa de nuevo a la vida. Con estos trasvases, a menudo envueltos en una fina capa de ironía, la ficción logra suavizar el único terror real, ineludible, inequívoco: el de la verdadera muerte.

Angel de Esteban del Campo

Bibliografía

- ARROYO, FRANCESC, «El amor, la vejez, la muerte». *El País* (Libros) 7:321 (12 diciembre 1985), 1-3.
- CAMPOS, JORGE, «Una nueva fábula americana: *El otoño del patriarca*». *Insula* 348 (noviembre 1975), 11.
- CAMPOS, JORGE, «Una novela y un cuento de Gabriel García Márquez». *Insula* 420 (noviembre 1981), 11.
- GARCÍA MÁRQUEZ, GABRIEL, *Ojos de perro azul*. Madrid: Mondadori España, 1992, 4ª ed.
- GARCÍA MÁRQUEZ, GABRIEL, *Doce cuentos peregrinos*. Madrid: Mondadori España, 1992.
- GULLÓN, RICARDO, *García Márquez o el arte de contar*. Madrid: Taurus, 1970.
- LÉVY-BRUHL, LUCIEN, *L'ame primitive*. París: F. Alcan, 1927.
- MALLETT, BRIAN J., «Los funerales del patriarca que no quiere morir». *Arbor* 97: 377 (1977), 47-58.
- PALENCIA ROTB, MICHAEL, *Gabriel García Márquez: la línea, el círculo y las metamorfosis del mito*. Madrid: Gredos, 1983.
- TRIVIÑO, CONSUELO, «La escritura errante». *Cuadernos Hispano-americanos* 513 (1992), 40-44.

Poesía (o biografía) completa de Gerardo Diego

Solía lamentarse Gerardo Diego de ser el único de los poetas integrantes del grupo del 27 que carecía de una edición de sus poesías completas. Recuerdo bien su alegría cuando me comunicó que había firmado un contrato con la editorial barcelonesa Plaza & Janés para publicarlas. En la década de los setenta esa editorial se dedicaba osadamente a recopilar obras poéticas de autores españoles y extranjeros, y del poeta santanderino había dado a conocer dos libros nuevos, *Cementerio civil* y *Soria sucedida*, y una antología de su *Poesía amorosa*.

Gerardo Diego se entregó con empeño a la tarea de preparar sus poesías completas, sin poder librarse por entero de ciertos compromisos como dictar conferencias, colaborar en diarios y revistas y presentar algunas ediciones de verso y prosa. Entró en la década de los ochenta muy ilusionado, pero cada día con menos memoria y en consecuencia con mayores dificultades para su labor.

Tenía intención de dar a conocer absolutamente todos sus escritos poéticos, incluso los iniciales conatos creadores de sus años estudiantiles. Decía que sería falsear su imagen si presentaba al lector a un poeta ya formado literalmente, sin mostrarle al pre-Gerardo ante-Diego. En consecuencia, sacó de sus archivos unos cuadernos en los que guardaba sus primeros tanteos versificadores, y otros en los que conservaba muchos poemas no incluidos en sus obras editadas, por ser a menudo versos de ocasión.

Así, la fecha tenida hasta entonces como iniciadora de su tarea literaria, 1918, se adelantó tres años, hasta 1915, esto es, a sus 18 años, y se continuó hasta aquel mismo día. Tal era su criterio, y puesto que él mismo hacía la recopilación de los poemas nadie se lo podía discutir, como no fuera el editor. Al parecer, el editor se mostró de acuerdo.

Una dificultad importante se planteaba a la hora de recopilar todos los libros, ya que Gerardo había pasado poemas de unos a otros. Por ejemplo, poemas de temas taurinos, santanderinos o religiosos que ofreció en diversos libros pasaron después a integrarse en los que coleccionaban oportunamente esas materias: los titulados *La suerte o la muerte*, *Mi Santander*, *mi cuna*, *mi palabra* o *Versos divinos*. El traslado pudo tener sentido, pero en una edición de obras completas obliga a elegir un solo destino. Y el autor, que había cumplido 80 años en 1976, perdía la memoria y con ella los papeles de sus notas.

Por fin, a finales de 1983 me comunicó que había conseguido culminar la complicada tarea ordenadora, y que se estaban imprimiendo ya las poesías completas, porque el editor sentía prisa por tenerlas en las librerías. Me apresuré a publicar la buena noticia en un diario de su tierra del que yo era corresponsal¹.

Transcurrió 1984 sin que ese propósito se realizara. En enero del año siguiente lanzó Plaza & Janés un nuevo título de Diego, tomado con valor simbólico: *Cometa errante*. Se quería que fuese un anticipo o reclamo de la prevista edición de poesías completas, entonces de inminente aparición, según el editor.

Sin embargo, el 8 de julio de 1987 murió el poeta sin haber logrado ver cumplido su deseo de contar con una edición de sus poesías completas. Después, por motivos diversos, Plaza & Janés decidió abandonar el proyecto. Otra editorial, Aguilar, tomó el relevo y acordó con los herederos del poeta publicar sus obras completas. Los dos primeros tomos, dedicados a la poesía, aparecieron al fin en 1989².

En el momento de escribir estas líneas, parece que nuevamente va a quedar truncado ese proyecto editorial, porque Aguilar no va a publicar los volúmenes de prosa, por motivaciones financieras, según ha manifestado a sus herederos.

Poeta de antologías

Hay que respetar el criterio de Gerardo Diego de ofrecer a sus lectores absolutamente toda su obra en verso. Para sus estudiosos representa una ayuda considerable disponer de toda su escritura en verso cómodamente recogida en estos dos volúmenes. Pero los lectores normales, es decir, no los críticos o ensayistas, se encuentran con 3.000 páginas de versos diversos, muy diversos, muchos de ellos circunstanciales, de brindis, de homenaje, de agradecimiento, y en algunos casos incomprensibles por limitarse a glosar hechos, personajes o lugares de la estricta intimidad del poeta. Por si fuera poco, su precio es elevado, muy caro.

Ante tal situación, y dado el escaso éxito popular de esta edición, muy explicable por las razones apuntadas, se nos ocurre que para el público en general es preferible leer su obra poética en alguna de las muchas antologías existentes. Nada menos que diez antologías preparó Gerardo de su propia poesía, a las que es preciso añadir otras realizadas con mayor o menor fortuna por sus amigos, sus familiares y también por sus enemigos³.

En las antologías se encuentra generalmente lo mejor de un autor, y eso que se suele denominar el gran público descubre en ellas piezas que aprende de memoria. Los criterios selectivos no coinciden siempre, como es natural, aunque suele haber unas obras indiscutibles. Si en una antología de 200 páginas se hallan veinte poemas perfectos según las estimativas generales, el lector puede entusiasmarse con el autor y con el volumen adquirido.

Gerardo, sabía bien lo que seleccionaba en sus antologías. Y voy a confesar que cuando, por indicación suya, preparé la antología de su obra editada por el Ministerio de Cultura, me impuso la inclusión de

¹ Arturo del Villar. «Gerardo Diego tiene en la imprenta sus poesías completas», en *Alerta*, Santander, 23 diciembre 1983.

² Gerardo Diego, *Obras completas*, t. I y t. II, Poesía, edición, introducción, cronología, bibliografía y notas de Francisco Javier Díez de Revenga, Madrid, Aguilar, 1989, CXI+1550 y 1564 pp., respectivamente.

³ No dejemos sin señalar la más extraña de todas, publicada en 1988 por la Diputación Regional de Cantabria. Una muestra: el colofón se encuentra a la mitad aproximadamente de sus páginas.

algunos poemas no elegidos por mí, pero que en su opinión eran inevitables⁴. Parece que no aplicó ese buen juicio a la escritura inédita, sino que la publicó toda.

Es verdad que escribió muchísimo, en prosa y en verso, y que publicó muy probablemente todos los escritos. Sería impensable que todos ellos se mantuvieran en el mismo tono estético. Si dormitaba Homero algunas veces, ninguno de sus sucesores está libre del sueño. Pero hay escritores que consideran un deber publicar cuanto sale de su cerebro y de sus manos. Así opinaba Unamuno, y es un ejemplo muy glorioso. Así opinaba Gerardo Diego.

Su caso es más complicado todavía, por cuanto después de la guerra civil, al ser de los pocos poetas verdaderos que permanecieron en España, se presentó sistemáticamente a los concursos de toda índole, y colaboró asiduamente en todas las publicaciones. Se le pedían escritos a todas horas, y él deseaba complacer a todos los peticionarios. Fue un destajista de la poesía.

Consecuencia directa de ello es que cuando se le reclamaba un libro de poemas, lo que también era frecuente después de la guerra, preparase un tomo con poemas distintos, sin ninguna relación entre sí. Aunque ya uno de sus títulos más famosos, *Versos humanos*, con el que obtuvo en 1925 uno de los premios nacionales de Literatura, estaba integrado por poemas unidos para componer un libro con el que concurrir al certamen, carentes de cualquier otro tipo de vinculación que no fuese el haberlos escrito él.

En cambio, otros libros manifiestan gran unidad, como *Ángeles de Compostela*, por ejemplo notable. En este caso sí puede decirse que el poeta trabajó como un cauteloso o anhelante arquitecto de colmena, por decirlo con uno de sus versos en dos versiones. Pero el libro se fue completando a lo largo de los años, y acrecentándose en sucesivas ediciones, y también perfeccionándose.

Sus libros creacionistas han sido siempre variados en temas y tonos. A diferencia de su maestro, Vicente Huidobro, no intentó el gran poema extenso creacionista, caso de *Altazor*, y caso espléndido, no hace falta decirlo. Su trazón radica en el estilo sólo, como se observa en un libro tan dilatado como *Biografía incompleta*.

Lo que sobra y lo que falta

En un prólogo que escribió para la proyectada edición de Plaza & Janés, y que se reproduce al frente de la de Aguilar, comentaba el poeta los problemas que le había supuesto la ordenación de sus poesías completas. Quiso resolverlos, pero no lo consiguió del todo. Veamos algunos casos.

Su «retablo escénico en forma de tríptico» *El cerezo y la palmera* fue estrenado en las navidades de 1962, por cierto que después de numerosos incidentes que algún día habrá que relatar. No es estrictamente una obra de teatro, sino un montaje escénico a base de poemas variados. Algunos de esos poemas los aprovechó el autor para conformar su libro *Versos divinos*, de muy lenta elaboración y editada al fin en 1971 (no 1970, como se dice en la portadilla de estas poesías completas).

Pues bien, el lector del segundo tomo encuentra los poemas en ambos libros; algunos tan populares como «Si la palmera pudiera» o el parlamento de María «Cuando venga, ay, yo no sé», se repiten a pesar de la intención del poeta de evitar esa doble composición. Curiosamente, la descripción de José varía en un calificativo entre los dos libros, ya que es «hombre bueno» y «hombre viejo», manteniendo, pues, la asonancia.

La colocación de los libros aumentados o continuados representa otra dificultad distinta, y resuelta de modos opuestos. Su tercer libro editado, *Soria, Galería de estampas y efusiones*, en 1923, se encuentra en último lugar en las páginas del segundo tomo de esta *Poesía*, antes de los poemas sueltos, porque se le incluye dentro de *Soria sucedida* (1977).

Este criterio no se mantiene en otras ocasiones. Por ejemplo, en *El Cordobés dilucidado y Vuelta del peregrino*, dos títulos muy diferentes que aparecieron juntos en un solo volumen en 1966 y que siguen juntos en esta edición completa.

Sin embargo, el primero es una prolongación de *La suerte o la muerte*, y el segundo de *Ángeles de Composte-*

⁴ Arturo del Villar, Gerardo Diego, Madrid, Ministerio de Cultura, col. España, Escribir Hoy, 1981.